

Prosistas chilenos jóvenes: Marta Brunet

AL estudiar la prosa contemporánea en Chile es fácil advertir en ella dos tendencias. La una puede ser llamada tradicional. Mira en la prosa un instrumento literario al cual puede concederse mayor o menos importancia, pero que no es más que instrumento. Quiere esto decir que su objetivo reside en comunicar sentimientos o impresiones, ideas o ensueños. Los escritores que siguen esta tendencia escriben según las viejas—¿eternas?—normas del estilo. Su norte es la claridad expresiva; sus caminos, la propiedad, la lógica y buena disposición de los términos.

Los escritores que forman este grupo son poco numerosos. Mayor actualidad tiene otra tendencia moderna, nacida en nuestros mismos días. La prosa ha pasado a ocupar en ella el primer plano en la diligencia del escritor, el centro de sus afanes y el único objetivo de sus esfuerzos. Respondiendo a la nueva orientación filosófica de la literatura, la nueva prosa no persigue comunicar nada ajeno a sí misma, nada objetivo a su propia existencia.* Por eso es objeto de cuidado más exquisito de parte de su autor. Y este cuidado—advirtámoslo desde el principio—no se traduce en la mera perfección gramatical sino en la raigambre de la labor, en la proliferación imaginativa, en la audaz y rica floración de elementos nuevos. La prosa nueva es, tal vez, poco arquitectural, pero es admirable como riqueza, como colorido, como sugestión imaginativa y, a veces, como sonoridad.

* Entre lo objetivo a la prosa puede estar y a veces está lo subjetivo respecto al escritor. Ese es el verdadero sentido del término usado.

Los representantes más autorizados de la prosa contemporánea de Chile son Marta Brunet y Manuel Rojas en la primera tendencia, y Salvador Reyes y Pablo Neruda en la segunda. Todos estos escritores son también, y en diverso grado de frecuentación y de éxito, poetas. Marta Brunet publica versos en revistas argentinas. Manuel Rojas acaba de publicar su libro lírico «Tonada del Transeunte», que ha sido bien acogido por la crítica. Salvador Reyes es autor de otro. Pablo Neruda, en fin, es casi principalmente poeta en verso. Sus libros «Crepusculario», «Veinte poemas de amor y una canción desesperada» y «Tentativa del hombre infinito» señalan una individualidad recia de poeta. Pero en estas notas vamos a examinar a estos escritores sólo como prosistas.

✕ *Marta Brunet.*—La aparición de esta escritora es curiosa. Meses antes de que se hiciera público su primer libro «Montaña adentro», la autora ya era conocida de los lectores de *Alone*. El crítico literario de «La Nación» de Santiago había hablado de una joven chillaneja que había confiado a su criterio el secreto de sus ensayos novelescos. El señor Díaz Arrieta sorprendió en la principiante condiciones de primer orden, y no pudo dejar de hacer partícipes a sus lectores de la emoción recibida. Cuando salió «Montaña adentro» se vió que el entusiasmo del crítico no era excesivo. Una novelista de fuerza propia había nacido.

«Montaña adentro» es un relato campesino cuya escena ocupa los flancos de la cordillera de Lonquimay. Es esa una región literariamente virgen. Marta Brunet es, si no estamos errados, la primera persona que la escoge como campo de acción de sus seres. Estos son hombres y mujeres humildísimos, peones esclavos de la tierra. No vamos a incurrir en el delito, que alguna vez hemos reprochado, de narrar aquí lo que ocurre en la novela. No tiene objeto. Escribimos para quienes la hayan leído o, por lo menos, sientan deseos de leerla.

Analícemos los elementos de «Montaña adentro». Uno de ellos es el paisaje, que en la región escogida tiene una mara-

villosa y variada esplendidez. ¿Puede Marta Brunet ser una buena paisajista? Nos parece que no. En efecto, a la escritora le interesan en la vida de la naturaleza, seguramente porque los percibe mejor, no los aspectos visuales de las cosas—forma, color y movimiento,—sino los auditivos y olfativos. Si describe un río, dice que «regañaba en constante pugna con las piedras». Si alude a los pájaros del bosque, escribe: «De roble a roble las cachañas se contaban sus chistes interminables, riendo luego con carcajadas estridentes terminadas en i». A veces, sin embargo, se sobrepone a esta deficiencia y nos muestra en breve pincelada un aspecto valioso—puramente visual—del paisaje: «Oleaba el trigal rumoroso y sobre su oro, dos mariposas de púrpura se perseguían flameantes».

Un carácter distintivo de la descripción de la naturaleza en Marta Brunet es el animismo antropomórfico que en ella infunde. ¿Será excesivo suponer que este hecho se debe a la ya señalada incapacidad visual de la autora? Sea como fuere, citemos algunos ejemplos. En una sola página tenemos dos: «Era prima noche y las estrellas al amparo de las sombras curioseaban mirando hacia la tierra: algunas asomaban un instante su pupila de plata y se perdían llamando a las otras para luego aparecer juntas». Y: «Regañaba el río con las piedras, haciendo burla de su asán el viento con los árboles». Y más atrás: «Otros (árboles) escapados a la voracidad de la llama, deliberaban en grupos, musitándose al oído frases que luego los agitaban en reír gozoso».

La naturaleza está llena de seres vivos, animados por atributos humanos, para la autora. El viento es burlón, el río charla, los árboles deliberan: todo en la existencia del bosque tiene parecido con algo humano o reproduce actos privativos del hombre. Y no sólo en el bosque. El cielo tiene estrellas, y estas estrellas son curiosas como mujeres. Esta característica imprime al libro de Marta Brunet una vibración singular. En sus páginas, fuera de la tragedia que conmueve a los personajes, todo está animado, todo cabrillea como rayo de luz, en todo hay una vibración muy humana.

Nada de describir series ordenadas, nada de inventariar. La

escritora selecciona con riguroso empeño, y de su labor selectiva quedan sólo manojos apretados de cosas: una descripción no le ocupa más de tres o cuatro líneas, y las que hace están repartidas a lo largo del libro, sin monotonía, sin regularidad aplastadora. En «Montaña adentro» se advierte también un afán de condensación que ha llevado a la autora a la reducción de sus páginas al mínimun compatible con el buen desarrollo del asunto.

Otro elemento digno de estudio en «Montaña adentro» es la vida y la figura de los personajes, vida aventurera y triste que no tiene otros horizontes que el amor y la muerte, que a veces se entremezclan y confunden.

En la vida de los hombres del campo chileno, nuestros escritores, que han visto tantas cosas diversas, han notado siempre una singular conformidad con el destino. Es más que deseo de abandonarse al mandato de la realidad: es fatalismo e indolencia, que quitan relieve a los hechos e imponen a los seres una filosófica resignación. Cata, la protagonista de «Montaña adentro», dice un día a su madre: «¿Sabe, ñora, que voy a tener guagua?» Y esta declaración insólita define no sólo a la mujer que la ha pronunciado: define a todo el pueblo de que ella es componente. Pero aciertos de esta naturaleza abundan en la obra de Marta Brunet.

Véase, por ejemplo, cómo resume los conceptos religiosos de la madre de Cata: «De Dios tenía una idea muy vaga y si trataba de seguir los mandamientos divinos no era por amor a Dios, sino por miedo al infierno. A la que tenía verdadera pasión era a la mamita Virgen, con la cual siempre andaba en tratos, ofreciéndole rosarios y rosarios en cambio de tal o cual cosa». Utilitarismo e idolatría: tales son las notas culminantes de esta religión de los campesinos.

Personalidades masculinas bien descritas no faltan en el libro, si bien la autora revela—como es lógico—mejor comprensión de los caracteres femeninos. Una de aquellas es el famoso primero San Martín, un sub-oficial de carabineros que sienta plaza después de algunos años de bandidaje. Y ya convertido en autoridad, continúa violando domicilios, asesinando y roban-

do, ahora «en nombre de la ley». Otro tipo de sangre y hueso es Juan Oses, huaso bueno y fiel si los hay, llano siempre a reparar el mal con que un malvado afrentó a la mujer que ama. Es este un ser que reúne en sí rasgos propios de la caballería andante. Rústico adalid de los ideales caballerescos, su misión en la tierra es sufrir por los demás, defenderlos, inclinarse siempre al lado de la debilidad y protegerla contra los asaltos del mal y de la iniquidad.

La lectura de «Montaña adentro» satisface plenamente el espíritu. El relato es equilibrado, y en la obra se nota un don de armonía que no es patrimonio frecuente de las letras nacionales. Si bien la autora demuestra conocer de cerca la naturaleza y la psicología popular, no conoce menos la buena construcción literaria, el estilo y la lengua misma. Su trabajo, en suma, es algo equilibrado, proporcionado, arquitectónico, perfecta ecuación entre la riquísima materia escogida y las condiciones que la autora revela para tal género de labor.

Después de «Montaña adentro», Marta Brunet publicó una novelita más breve, titulada «Don Florisondo», en la cual se nos muestran, condensadas, cualidades semejantes a las que hemos notado en su primer relato. Pero hay aquí una diferencia. El personaje de este cuento, don Florisondo, tiene un rasgo de tanta resignación, de tan humilde y evangélica bondad de alma, que algunos comentadores han opuesto reparos al arte de la escritora. Es superior a su medio, han dicho; la gente del campo chileno no tiene esas bondades, esa ternura, esa delicadeza casi enfermiza. ¿Tiene base este reproche? Creemos que no. No se necesita poseer sino un poco de experiencia y otro poco del fatalismo, que ya hemos visto que abunda en nuestra población campesina, para justificar un adulterio en las condiciones de este. Don Florisondo es viejo, y su mujer, muy joven y muy atractiva. José Manuel, el fuerino, el que la poseyó, la sorprendió y la hizo suya a la fuerza. Pero este hombre se fué sin decir a dónde; la mujer se moría, y ¿quién iba a saber nunca el secreto de aquella vida tierna y nueva? Entonces don Flori-

sondo, ahogado de ternura, acunó a la guagua y le dirigió las viejas palabras paternas.

No; no es falso ni acomodaticio el carácter de este hombre. Es bien nuestro, bien real, y es singular valentía de la autora llevar a la escena de su obra conflictos de la naturaleza de este. Ya veremos cómo este desenfado artístico de Marta Brunet no ha sido bien interpretado por algunas personas que piden al arte lo que éste nunca podrá tener: intención moralizadora y alcance educativo, sin desviarse de su propia índole.

El segundo volumen independiente publicado por Marta Brunet—«Don Florisondo» no es sino un folleto de treinta páginas—es «Bestia dañina»*. Sigue en este libro beneficiando Marta Brunet el tema del amor y una circunstancia rica en conflictos: el matrimonio de la mujer joven con el hombre viejo. La *bestia dañina* del relato es Isabel Rojas, una muchacha a quien escoge don Santos Flores, viejo campesino que ha quedado viudo y con tres hijas, para que gobierne su hogar. Todos sus amigos ven con sorpresa este matrimonio: la elegida no es mujer de buena pasta y si accede a casarse con don Santos es porque secretamente ha decidido ya engañarlo. Y lo que todos esperaban se produce: Chabela engaña a su marido con Fanorcito, un muchacho, hijo del dueño de la vecina hacienda. El drama, en las líneas generales de su contorno, no tiene nada extraordinariamente interesante. Se deja leer con agrado porque está bien escrito y, sobre todo, por la rapidez nerviosa con que la acción corre desbocada, por despejado cauce, a su desenlace. Lo que interesa y sugestiona es la figura de don Santos. No es este un hombre vulgar. Es un ser que tiene un concepto digno, dramático de la existencia. Siempre serio, siempre rígido en su apostura de gentilhomme rústico, su vida—cree él—debe tener la limpia trayectoria del filo de una espada. No debe torcerla la pasión, ni pueden desviarla las frívolas circunstancias. Pero el azar se ríe de estos proyectos vanos. Don Santos, como todo hombre, es juguete del destino. Siempre eleva-

* Nascimento edit., Santiago, 1926.

do, siempre sobre sus coturnos, no pierde la medida o, mejor, la tremenda majestad de su apostura sino al encontrar a su mujer a medio vestir, no bien repuesta de la sorpresa que ha tenido cuando don Santos interrumpiera su deliquio. Y en ese momento, don Santos es el marido calderoniano, y mata sin piedad y hasta desea la muerte para su hija, desmayada por la emoción que le ha causado aquel instante de tragedia.

Don Santos es un retoño de los viejos hidalgos que durante siglos sostuvieron a su manera los ideales de la Edad Media y de la caballería. Tiene de ellos la rigidez de criterio y la ceguera de su propia virtud. Ha llegado al mundo para seguir una senda estrecha, para cumplir una misión importante, y no acepta desviarse un punto del trazado de su existencia. Esto le pierde. Su segunda mujer es muy joven, muy casquivana, amiga de la aventura y escasamente honorable. Pero eso no lo ve don Santos. Para él no existe la infamia. La honradez en la vida es un riel de acero del cual nadie puede osar salirse.

Si el estilo de «Montaña adentro» tiene algo señoril, si sus descripciones abundan en rasgos felicísimos, no puede decirse lo mismo de «Bestia dañina». La autora ha trabajado menos la lengua en esta novelita. Como la domina bien, no hay en su estilo deslices ni desmayos; pero tampoco hay arte refinado, exquisitez y vibración verbal. En su estado presente, esta obra más parece el esbozo apresurado de un drama que un trabajo definitivamente anclado en la novela. En autor de menor riqueza lingüística, el reparo no tendría importancia. En Marta Brunet, que ha demostrado ser tan capaz de insuflar en las palabras una vida propia, tallando con relieve profundo un estilo que es el suyo y que no puede ser sino suyo, la ausencia de este elemento—tan decisivo en la literatura—se hace sentir.

Fuera de esto, hay en «Bestia dañina» algunos personajes secundarios que tienen valor considerable. En las escenas del matrimonio aparecen y desaparecen estos seres en los cuales la autora ha mirado muy adentro. Son personajes ridículos, por lo general, en los cuales la pulcritud se ha vuelto cursi y cuya sola vista provoca la sonrisa. ¿Cómo olvidar esa mujer a quien

la autora hace decir, a propósito de un diente cuyo brillo llama la atención del concurso, que «es de oro puro»?

La última producción de la autora en el género de la *nouvelle* es un relato titulado «María Rosa, flor del Quillen»*. Los que quieran ver en esta breve novela una repetición de la autora se equivocan. Las líneas generales del asunto recuerdan a «Bestia dañina» y, por tanto, a «Don Florisondo». Lo que quiere decir que en «María Rosa, flor del Quillen» hay nuevamente un hombre casado con una mujer que la engaña. Pero eso no es todo.

A María Rosa la llaman flor del Quillen porque es una mujer ejemplar. Muy jovencita, sus padres la casaron con don Saladino Pérez, vecino muy importante, viudo y entrado ya en la sesentena. Las habladurías empezaron en seguida, pero poco a poco fueron acallándose. María Rosa no daba motivo alguno de murmuración. Seria, recogida, grave, alejaba con la frialdad de sus miradas a todos los galanteadores a quienes no había ahuyentado ya su fama de honrada. Pero a Pancho Ocares, el mozo menos interesante de los alrededores, debía corresponder el privilegio de empañar su honra. Era el tal Ocares un fantarrón que perseguía a las mujeres por pura concupiscencia y por darse pisto con el número de sus conquistas. Y después de soportar las repulsas de María Rosa, después de mostrarsele humildísimo adorador, Pancho Ocares la posee sin resistencia de ella. La mujer al cabo de tantos meses de asedio había sido ya dominada por el amor y por el deseo.

Pero entonces sucede una cosa extraña. El hombre, jactancioso, tiene la villanía de decirle a María Rosa que no la quiere y que si la ha perseguido y enamorado es sólo porque así lo había asegurado a sus amigos, con quienes había trabado una apuesta. El asedio de varios meses toma así a los ojos de María Rosa todo el aire odioso de una competencia. La mujer, al oír esta confesión inesperada, se rebela contra su dominador, lo arroja a golpes de rebenque de la estancia en que ambos se hallan y

* Publicada en «Atenea», núms. 2 y 3 de 1927.

azuzo a los perros que guardan la casa para que muerdan los talones del sorprendido galán. Y como en ese momento pasan por el camino dos de los mozos a quienes Pancho Ocares había desafiado con su apuesta, María Rosa interpreta a su favor las apariencias. Nadie sabrá que la flor del Quillen ha cedido. ¿No salió Pancho Ocares seguido de los perros de su casa y no tenía aún en la mano María Rosa el rebenque con que había cruzado la cara del osado?

Esta peregrina conclusión ha sugerido a algunos espíritus inquietudes morales. Tal ha sido el carácter de una carta enviada por una corresponsal anónima a don Hernán Díaz Arrieta y publicada por éste en *La Nación* de Santiago, en una de sus crónicas dominicales de crítica literaria. Pero la conclusión de la obra no es lo único que puede suscitar rubores en mejillas aún no focadas por el *rouge*. He aquí una divagación que seguramente ha sido leída con sorpresa por muchos de los admiradores de la escritora: «Se guarda a la jovencita en espera de que llegue el marido, porque ya que no la religión y la moral hace preferible el marido al amante, lo hace la conveniencia de gozar cierto prestigio por estar «bien casá». Se guarda a la jovencita. La jovencita espera con los ojos bien abiertos. ¿Qué misterio habrá para ella si vivió con sus padres en un cuarto común, si la naturaleza que la rodea revela también a cada paso su secreto?. Espera, espera, espera... ¿Pasó la flor de la edad? ¿No tiene ya la tez el aterciopelado de los duraznos? ¿No está la carne prieta y apetitosa? Entonces... ¡Bah! La fruta madura cae, si una mano no la coge a tiempo. La joven... ¿Cayó? ¿Rodó? Ella bien sabía. ¡Para qué fué tonta! Y la vida, indiferente, sigue su canción de goces, de dolores, de noblezas, de vergüenzas».

Esta cita, acaso demasiado dilatada, nos informa sobre uno de los motivos de los aludidos reproches de carácter moral a la obra de Marta Brunet. Otro motivo tiene que ser el final de la novela, que ya hemos contado. Pero ¿hay razón para estos reparos? Cedamos la palabra al mismo crítico, que ha resumido de manera insuperable una doctrina literaria que no siempre se

tiene presente al juzgar del grado de moralidad de una obra artística: «El caso de esta autora constituye una de esas excepciones que encuentran desprevenido al público. Se necesitaría cierta educación previa para no resistirla. Sería necesario destruir la idea de la literatura femenina tradicional, hecha como los dulces de almibar, «por mano de monja», relajante de azúcar y envuelta en merengue esponjado. Sería necesario inculcarles a los lectores la convicción de que un autor no es hombre ni mujer, ni soltero ni casado, ni de buena o mala compañía, sino que es una inteligencia, un corazón, una voz de la humanidad dotada de la facultad de transmitirse».

Nada más diáfano que el mundo moral de Marta Brunet— es decir, de sus creaciones literarias—. Sus seres, simples, de escueta arquitectura, están vistos por dentro y actúan tan cerca de nosotros, que nos parece ser, al término del relato, no sólo espectadores y testigos de sus movimientos y reacciones espirituales, sino amigos de sus almas rectilíneas. Sin intenciones preconcebidas, la autora narra con don de imparcialidad. Flaubert buscaba, como cifra ideal de su arte, semejante independencia del ser literario respecto de su creador. No es aventurado afirmar que Marta Brunet ha alcanzado a situarse en la región en que el personaje creado pasa a tener tanta virtud de sugerencia como el natural. No se hable de copia, más o menos feliz, de la naturaleza. En este caso lo único seguro es la fuerza de la creación, que despega al ser novelesco del papel impreso y lo arroja a la escena de la vida, con fuerza subsistente para subsistir allí.

Alguien dijo una vez que en las venas de los personajes de Balzac no corría tinta de imprenta sino sangre, caliente sangre roja como la que marca en la sístole y en la diástole el ritmo cordial. Así en la obra literaria de esta joven mujer que mira con ojos claros, limpiísimos, la perspectiva del mundo a través del cristal de su arte.

✓ RAÚL SILVA CASTRO.